

Estherci Cossío
El llanto de la llave encontrada

Era imposible desentenderse de aquel dolor en el aire. ¿Por qué? ¿De dónde venía? La situación no podía ser más desgarradora. Las cenizas de mi padre acababan de ser depositadas en la tumba de mis abuelos, mi hermano había chillado "adiós papá, ¡gracias!" y yo sentí que mi alma se rompía en pedazos.

La mujer de mi padre estaba escoltada por sus hijos, lejos, igual que la distancia que siempre nos había separado, aún así mi hermano y yo nos acercamos a ella para consolarla.

—Él os quería muchísimo. Ella nos dijo

Yo le respondí con el corazón desgarrado:

—¿Tú crees?

Ella asintió con los ojos encharcados en lágrimas y ví cómo su hija, que estaba a su lado, también movía la cabeza con gesto afirmativo.

Me vine abajo, la razón era que durante los últimos 31 años yo había quedado marcada por su ausencia, por períodos de no hablar durante años, por el abandono, por la sensación de que no había espacio para mí en su vida, por interminables conversaciones sobre él sin que él estuviera presente, en definitiva, destrozada por el dolor y ahora esta frase...

Inmediatamente me transporté a la sesión de terapia en la que Aránzazu había tocado hueso con su última pregunta. Aránzazu era una experta, pero no sólo eso la hacía especial, tenía auténtica vocación, se notaba en el toque humano y amoroso que imprimía a su trabajo. Por eso podía desnudar mi alma ante ella sin temor a ser juzgada. Poco a poco fui descubriendo cosas sobre mí misma y relativizando cuestiones que hasta la fecha me parecían un mundo.

A pesar de que mi padre se olvidó de mí y de mi hermano, afortunadamente, los dos contamos con mi madre quien llenó nuestra vida de alegría y amor. Gracias a ella aprendimos a ver lo positivo de cualquier situación, a luchar, a ser invencibles. Yo no soy de las que siempre ganan, yo soy de las que siempre se levantan. En eso me parezco a la Fenice, el maravilloso teatro veneciano que se había quemado en numerosas ocasiones y que siempre se había reconstruido, al igual que el Ave Fénix, al que debe su nombre. A pesar de todo, el abandono de mi padre me había pasado factura.

En ese instante me encontraba en un inmenso estado de angustia, me costaba hablar, pero entre sollozos fui capaz de decirle a Aránzazu:

—... cómo me voy a querer, si no me quiere ni mi padre.

Nada más pronunciar la frase me vine abajo, sentí una terrible punzada en el corazón, la desolación más absoluta invadió todo mi ser. Aránzazu siempre me dejaba llorar. Me ofreció un pañuelo y me permitió desahogarse. Su mirada era de ternura infinita, que empatizaba con mi sufrimiento. Cuando me encontré en condiciones de escuchar, Aránzazu me dijo con una voz muy dulce:

—La autoestima depende de uno mismo, aunque una persona no te haya querido, tú puedes quererte. De hecho, eres tú y sólo tú la responsable.

Aquellas palabras resonaron en mi corazón como un cántico celestial, eran totalmente reveladoras. Por fin las piezas encajaban después de tantas sesiones.

Durante años aprendí a vestir mis ruinas de amor propio y a quererme mucho, pero los cinco meses de enfermedad de mi padre habían hecho que el pasado volviera, que me persiguiera como una sombra, que las heridas que creía cicatrizadas se abrieran dejando paso a un daño que no podía repararse. Removieron mis

cimientos desde lo más profundo, me hicieron recordar muchas cosas y elaborar otras. Me sentí afortunada porque a pesar del dolor que todo ello suponía contaba con el apoyo de Iñaki y de mi hermano. Podía enfadarme por la situación, estar triste, llorar, y siempre contaba con su cariño, una red de amor donde podía saltar al vacío con la seguridad de que ellos estaban ahí para recogerme. Desde la distancia pienso en aquellos días y los ojos me impiden seguir escribiendo porque las lágrimas lo invaden todo. No es por dolor. Es felicidad por el cariño recibido, por lo que me han ayudado, sobre todo agradecimiento, un sentimiento muy profundo que no podría explicar porque no tengo palabras suficientes para describirlo.

Es increíble cómo a pesar de haber tenido una relación que parecía una montaña rusa, la muerte de mi padre hizo que mi alma se cubriera de una tristeza que nunca antes había sentido. Existen unos lazos invisibles que hacen que esto suceda, no sé por qué. Cuando una amistad no funciona, uno la termina con más o menos dolor, pero un padre, un padre es distinto y la pregunta sonaba en mi mente una y otra vez, ¿por qué duele tanto?, ¿por qué?

Mi hermano se conmovió al escuchar mi llanto, seguro que también oía al de mi niña interior. Me estrechó junto a su pecho, su reacción me consoló, sentí cómo mi niña y su niño se unían para celebrar que ya no estaban desamparados.

Después busqué desesperadamente a Iñaki, necesitaba sentir que me protegía y sus brazos rodearon mi cuerpo y mi alma.

Es increíble cómo una frase te puede marcar tanto para bien, ¡mi padre me quería! Pero él no lo supo hacer mejor, de pronto los buenos recuerdos llegaron a mi mente, aquella época en la que yo era su pequeña, hacía tantos años que esto no sucedía. Curiosamente, la mujer que nos había separado a mi hermano y a mí de mi él, la que había contribuido con su consentimiento a una adolescencia y una madurez cargada de dolor por ausencia, ella, me entregó la llave para que mi niña se liberara y dejase de llorar.